

**Comentarios a *Beyond Death, The Chinchorro Mummies of Ancient Chile*, de Bernardo T. Arriaza,
Smithsonian Institution Press: Washington, 1995, pp. 176**

Calogero M. Santoro y Vivien G. Standen**

El autor evalúa críticamente datos e ideas, publicados e inéditos, acerca de la “Cultura Chinchorro” a la luz de su experiencia en el tema. Describe y analiza los distintos procedimientos de momificación artificial, el posible contexto ritual de estas prácticas y su relación con los modos de vida en los ambientes de la costa árida del extremo norte de Chile y sur de Perú. En 12 capítulos el autor, de acuerdo a John W. Verano, quien prologa el libro, ofrece un fascinante panorama antropológico sobre Chinchorro y una vívida reconstrucción de sus posibles modos de vida.

El primer capítulo presenta la cultura Chinchorro como uno de los pocos ejemplos de momificación artificial en el mundo, vinculado a sociedades de cazadores recolectores. En el capítulo 2 hace un recuento de las proposiciones de clasificación y descripción de la variedad de procedimientos de la momificación artificial: Uhle, a comienzos del siglo XX, describe, por primera vez este patrón funerario, seguido por varios autores, pero sólo hacia fines de los sesenta Núñez logra definir el contexto espacial y cultural de Chinchorro y establece el primer hito cronológico radiocarbónico. Más tarde, Bittmann y Munizaga analizan la significación social de la momificación artificial y sugieren que ésta correspondería a uno de los ejemplos más antiguos del mundo. Después de sus propuestas, los estudios vuelven a enfatizar aspectos descriptivos generales de la momificación y se intenta demostrar un origen externo para este fenómeno cultural. El estudio de Arriaza tiene el mérito de retomar la perspectiva antropológica para tratar el tema.

En el capítulo 3 contrasta algunas teorías acerca de la significación social de la muerte y los ritos funerarios, y critica el énfasis práctico funcionalista de modelos como los de Malinowski, Durkheim y Taylor, que no consideran la emocionalidad humana. En contraste, el autor sugiere que los ritos funerarios se enmarcan en la esfera de las “creencias espirituales” (p. 30). En este contexto, se pregunta por qué sociedades con sistemas económicos y políticos simples, como los Chinchorro, desarrollaron ceremonias complejas para el tratamiento de sus muertos (p. 24). Siguiendo a Hertz, estima que las prácticas mortuorias satisfacen una trilogía: (a) actividad social para los deudos, (b) acciones para tratar los restos físicos del cuerpo, y (c) acciones para el espíritu o alma del fallecido.

Seguidamente propone el siguiente modelo para el fenómeno Chinchorro: (1) Chinchorro se caracteriza por un sistema político igualitario y un ritual funerario complejo, (2) las prácticas funerarias Chinchorro no habrían surgido a consecuencia de un “shock social” en los términos de Hertz y Van Gennep, (3) tampoco simbolizan competencia por recursos económicos y poder político, (4) el ritual mortuario Chinchorro representa, en cambio, “imágenes de la muerte”; la consecuencia de manifestaciones de amor, emociones, penas y creencias espirituales, (5) las momias Chinchorro serían entes “vivientes” integrados al mismo espacio y usando los mismos recursos de los vivos, como en la cosmovisión de los Laymi de Bolivia, (6) la momificación, consecuentemente, sería una solución de continuidad de la vida después de la muerte y no una regeneración de la vida como sugiere el modelo de Bloch y Parry (1982), (7) consecuentemente, el cuerpo

* Universidad de Tarapacá. Departamento de Arqueología y Museología. Casilla 6-D. Arica, Chile.

momificado constituye el lugar de descanso para el espíritu, una solución que permite su inmortalización, (8) esta práctica funeraria evolucionó a formas más sofisticadas, posiblemente para estimular la creación y mantención de las creencias sagradas y la armonía social, y (9) la momificación artificial puede ser interpretada como una estrategia adaptativa ideológica para la sobrevivencia del grupo en la costa árida del Desierto de Atacama (p. 30).

El capítulo 4 describe las condiciones de máxima aridez a lo largo de la costa, interrumpida por profundas y estrechas quebradas que bajan desde los Andes, formando oasis con limitados e inestables recursos ribereños y terrestres, complementarios a los abundantes y diversos recursos marítimos. Éstos fueron hábitats estratégicos para el sostenimiento de asentamientos humanos relativamente permanentes y su importancia ha sido destacada en estudios anteriores.

En el capítulo 5 el autor fundamenta que los Chinchorro mantuvieron un modo de vida sedentario: (a) habitaciones simples de cueros, maderos y/o costillas de ballena, agrupadas en pequeñas aldeas, (b) cementerios usados largo tiempo por varias generaciones, típico de grupos estabilizados territorialmente, (c) concentración de recursos marítimos estables y permanentes, (d) sitios arqueológicos con profundas y extensas acumulaciones de conchas y restos marítimos de ocupación, (e) integración espacial de habitaciones, basurales, lugares para preparación de las momias y cementerios, (f) la recolección de los materiales requeridos en la momificación, tiempo y energía invertidos en preparar las momias, (g) larga permanencia en el tiempo de las técnicas de caza, pesca y recolección marítima, y (h) análisis isotópicos (dieta) demuestran gran incidencia de los recursos marítimos en la alimentación. En suma, la alta especialización en la costa y las prácticas de momificación se presentan como rasgos claves para argumentar la existencia de una vida sedentaria.

Esta hipótesis, propuesta con mayor cautela, para las desembocaduras de El Loa (Núñez, Zlatar y Núñez 1975) y Camarones (Niemeyer y Schiappacasse 1989), ha sido criticada por Zlatar (1983) y aún requiere de contrastación empírica arqueológica crono-espacial y ecológica. Las evidencias presentadas por Arriaza corresponden a casos geográficos puntuales, (i.e. Acha, Quiani, Camarones, El Loa) y abarcan un amplio rango de tiempo. Además, el supuesto que el largo rito mortuario Chinchorro requirió una vida sedentaria, contrasta con lo observado en casos etnográficos de grupos de cazadores recolectores poseedores de ritos y ceremonias de larga duración. Entre los Ona, por ejemplo, la ceremonia de iniciación *kokleten* duraba varias semanas e incluso meses, pero ésta cambiaba de lugar en la medida que el grupo transhumaba dentro de su territorio. Además, la disponibilidad de un medio marítimo con recursos estables y permanentes no implica automáticamente la existencia de una vida sedentaria. Los datos arqueológicos regionales tienden a mostrar la existencia de una vida más móvil con circuitos restringidos trashumánticos entre la costa, oasis y quebradas interiores, como los campamentos de cazadores recolectores de Tiliviche, Aragón y Conanoxa, sincrónicos con Chinchorro. Estos campamentos se sostuvieron, en parte, con recursos marítimos transportados por varios kilómetros hacia el interior.

En el capítulo 6 se evalúan las evidencias arqueológicas entre la Península de Santa Elena, sur de Ecuador, y Antofagasta, norte de Chile, para discutir el origen y significado de la momificación. En contraposición a las hipótesis difusionistas previas, Arriaza reafirma la propuesta de Standen (1991) de un origen local para este fenómeno cultural, y agrega que se habría originado en Camarones, desde donde se difundió hasta Arica.

Sin embargo, dos dataciones recientes del sitio funerario Acha 3 de Arica, anteceden a las más antiguas de Camarones (Standen y Santoro 1998). Si bien es cierto la momificación artificial está ausente, los enterramientos de Acha 3 presentan claros rasgos precursores de la práctica mortuorias chinchorro, como: entierros múltiples, cuerpos en posición extendida

y alineados uno junto a otro, con coberturas de cueros de animales y esteras de totora, formando un elaborado fardo funerario, uso de cintillos cefálicos, además de los tipos de artefactos asociados a los cuerpos (i.e. anzuelo compuesto de hueso).

En suma, la evidencia es sólida para señalar un origen local para el fenómeno de la momificación artificial, pero es aún insuficiente para establecer un lugar específico en el norte de Chile, como propone el autor.

En la segunda parte del capítulo 6 explora posibles factores ideológicos, climáticos y ecológicos para explicar la momificación artificial. El autor sugiere varios factores partiendo por el estímulo visual que pudo causar la observación de cuerpos momificados en forma natural, la creencia en la vida después de la muerte, la alta incidencia de mortalidad infantil y adulta, desastres naturales (i.e. terremotos), tragedias (i.e. muerte por inmersión), cambios ecológicos (i.e. sequías). De esta manera, la preservación de los cuerpos pudo surgir como signo de duelo o nexo con las fuerzas sobrenaturales.

En el capítulo 7 evalúa las condiciones físicas y de salud de las poblaciones a la luz de evidencias óseas. Arriaza concluye que los Chinchorro no gozaban de buena salud, aquejados de una alta incidencia de enfermedades infecciosas (i.e. treponematosis), degenerativas (i.e. artritis, spondilosis), y otras como, osteoporosis, parásitos y lesiones medioambientales (i.e. exostosis auditiva externa). Esto, de acuerdo al autor, sería una consecuencia de la vida sedentaria de los Chinchorro. En contraposición a Cohen y Argamélagos (1984), sugiere que el advenimiento de la agricultura no es el único factor de deterioro significativo de las condiciones de salud. Los Chinchorro a pesar de ser cazadores recolectores vieron afectada su salud al adoptar una vida sedentaria. Arriaza sugiere también que los cadáveres descompuestos, en proceso de momificación, pudieron ser otro foco de enfermedades infecciosas.

Estos marcadores de salud no confirmarían la hipótesis de sedentarismo propuesta por Arriaza. Este tipo de enfermedades infecciosas y parasitarias indican más bien condiciones de hacinamiento, y fuerte contaminación del medio circundante, rodeados de basuras, etc.

En el capítulo 8 se evalúan los mecanismos de subsistencia y tecnologías empleadas. Los artefactos e implementos usados diariamente por los Chinchorro se presentan en una lista de objetos, elaborados con materias primas locales y mantenidos sin cambios por varios milenios. Esta homogeneidad, sumada a la continuidad del patrón funerario, hablan de una gran unidad territorial, social, cultural y temporal poco afectada por agentes culturales renovadores internos o externos.

El Capítulo 9 analiza las técnicas de momificación y las tipologías definidas para clasificar la variedad de procedimientos. En términos generales Arriaza sigue la clasificación de Uhle: (1) momias naturales, de tratamiento simple sin intervención o manipulación del cuerpo; (2) momias complejas con drástica intervención de los cuerpos, incluye los estilos: (a) momias negras, (b) momias rojas, y (c) con vendajes; (3) momias cubiertas de barro ("los embarrados"), con los estilos: (a) evisceradas y (b) sin alteración.

Las momias negras presentan la mayor complejidad en los procedimientos con profundas transformaciones del cuerpo que implicaba: (a) descarnamiento total de partes blandas, dejando la estructura ósea limpia, (b) recomposición del esqueleto con disposición de maderos y un modelado en arcilla para darle volumen al cuerpo, (c) finalmente su piel fue repuesta y pintada de negro, con pigmentos de manganeso. De esta manera quedaban transformadas, como señala Arriaza, en verdaderas estatuas o "imágenes de la muerte" (p. 99).

Los cuerpos de las momias rojas, en cambio, no fueron desarticulados ni descarnados. Las partes blandas fueron extraídas a través de incisiones en la piel, disecadas con ceniza y fuego, y luego cubiertas con una capa roja de óxido de hierro. En ambos estilos de momias, la cabeza y el rostro recibieron mayor elaboración.

El autor señala que la momificación requirió gran destreza y habilidad manual y conocimientos anatómicos que pudieron derivarse de la experiencia de procesar los productos de la pesca. El proceso de desollamiento y desmembramiento requerido para la elaboración de las momias negras se realizó con tal perfección que no habrían quedado huellas obvias de cortes en los huesos por efecto del descarnamiento y remoción de tendones (p. 105). Sugiere, además, que agentes tales como insectos, pájaros y humedad habrían contribuido al proceso de descarnamiento del cuerpo. Más adelante afirma que “huellas de cortes y abrasión de las eminencias de los huesos largos pueden indicar que huesos limpios, es decir aparentemente sin momificación, pertenecieron a momias negras” (p. 106).

Observaciones tafonómicas recientes (Standen 1997) indican que los huesos de momias negras presentan notorias huellas de cortes y desgaste, lo que significa que los huesos fueron drásticamente raspados, como parte del proceso de momificación. Análisis tafonómicos micro y macroscópicos de posibles huellas naturales y culturales debieran constituir una línea de investigación específica, que podría entregar pistas claves para comprender los procedimientos momificatorios.

El capítulo 10 revisa la cronología Chinchorro, dividida en 5 épocas: (1) época precursora 7020-5050 a.C., sin momificación artificial; (2) época inicial, 5050-4980 a.C., comienzo de la momificación con tratamientos simplificados; (3) época clásica, 4980-2800 a.C., caracterizada por momias negras; (4) época transicional, 2620 - 1720 a.C., caracterizada por las momias rojas y embarradas; (5) época Chinchorro tardío (1720 - 1100 a.C.) abandono de la práctica.

El esquema cronológico evolutivo propuesto por Arriaza merece algunos reparos a la luz de las evidencias conocidas: (a) cuerpos sin momificación artificial (rotulados como momias naturales) no son exclusivos de las épocas inicial y tardía. Cuerpos de este tipo se encuentran en asociación directa con momias artificiales en varios sitios, mostrando su contemporaneidad (Aufderheide *et al.* 1992; Bird 1943; Mostny 1981; Muñoz *et al.* 1993; Schiappacasse 1994; Schiappacasse y Niemeyer 1984; Standen 1991, 1997; Wise 1994).

Consecuentemente, más que una evolución lineal de los distintos tipos de tratamiento conocidos para la cultura Chinchorro, los datos muestran una contemporaneidad de éstos.

En el capítulo 11 el autor explora los posibles significados de la momificación, poniendo de relieve el rol de las “momias huacas” fuertemente arraigadas en la cosmovisión andina. En primer término rechaza la posibilidad que la momificación representara a una sociedad de rango. Argumenta que cualquier individuo Chinchorro podía acceder a la momificación, en consideración a que cuerpos sin momificar preceden o suceden al período de la momificación. Por las razones expuestas más arriba la afirmación que “cada individuo fue tratado en igualdad de condiciones” requiere una evaluación cronológica más fina de la relación entre cuerpos momificados y no momificados agrupados en un mismo cementerio.

Lo mismo es válido para la afirmación que momias naturales y artificiales representan una variación temporal y la coexistencia de grupos étnicamente diferenciados en sus patrones mortuorios (p. 137-138). El autor define la cultura Chinchorro como un conjunto que incluye cuerpos con y sin momificación artificial. Retoma la idea que la momia preparada artificialmente es un artefacto, una estatua para recibir y alojar el espíritu que ha salido del individuo muerto (p. 139), de esta manera, el muerto puede seguir interactuando en el mundo de los vivos (p. 140). Luego reflexiona sobre el significado social de la momificación artificial y sugiere que los Chinchorro enfrentaron la muerte con ritos de: (a) separación, (b) transición, y (c) reintegración. Durante el período de separación se buscaron y prepararon los elementos para la momificación artificial, gracias a la organización de la comunidad, el apoyo de expertos, la cooperación y la solidaridad para mitigar el sufrimiento de los deudos. El período de transición, un estado de incertidumbre para los sobrevivientes y el muerto, un tiempo de peligro, hay preocupación por el destino del muerto, por la presencia de malos

espíritus, etc.; éste es el período de preparación de las momias. El autor imagina además que éste pudo ser el momento adecuado para ritos de iniciación de jóvenes o de algún chamán.

En la fase de reintegración, el individuo momificado podía reintegrarse y permanecer en su comunidad para el beneficio de los vivos; a su vez se aseguraba su perpetuidad en el mundo de los muertos. Los sobrevivientes, a través de este rito funerario, renovaban la unidad social (p. 144). El autor enfatiza que todos los individuos del grupo eran tratados independientemente de su edad, sexo y actividad, etc. Esta afirmación no es completamente cierta ya que se encuentran técnicas de momificación utilizadas exclusivamente en niños, mientras que la técnica de embarrado se aplicó exclusivamente en individuos jóvenes y adultos.

En el capítulo 12, correspondiente al epílogo, el autor resume los aspectos más relevantes de su análisis y evalúa sus hipótesis iniciales. Sugiere que el sedentarismo habría sido clave para el desarrollo ideológico de la momificación. Ésta se basaba en: (a) la idea que para la sobrevivencia del espíritu del muerto y de la propia comunidad era fundamental conservar sus restos a través de la momificación, (b) los procesos de momificación artificial tendieron a mejorar los efectos observados de la momificación natural y (c) sobrevivientes de mega-eventos naturales buscaron la ayuda de los poderes sobrenaturales a través de los cuerpos de individuos abatidos en tragedias. El autor reconoce que se requiere desarrollar estudios específicos en aspectos referentes a la ideología, sistema económico, organización política y patrones de asentamiento, para avanzar en la construcción de modelos explicativos del fenómeno cultural Chinchorro. A base de los datos analizados en el libro, el autor presenta a Chinchorro como un conspicuo fenómeno cultural, particularizado por la momificación artificial en grupos marítimos de organización social simple e igualitaria.

Es interesante notar, sin embargo, que en otras regiones de Sudamérica, en la época de Chinchorro también destacan patrones de manipulación, mutilación y desmembramiento de los cuerpos humanos antes de su enterramiento final. Los casos más conocidos, algunos reseñados por el autor, se encuentran en Colombia, Perú, norte y sur de Chile y noroeste de Argentina. A la luz de estos patrones mortuorios el fenómeno Chinchorro no aparece como algo único y aislado. Los procedimientos para desmembrar o mutilar los cuerpos requirieron, igualmente, cierto conocimiento de la anatomía humana y todo un contexto valórico, ético, ideológico y social.

Finalmente, el libro de Bernardo T. Arriaza es una importante y estimulante contribución al estudio de poblaciones arcaicas en Sudamérica, al poner de relieve una serie de aspectos que van mucho más allá de la mera descripción, clasificación, búsqueda de los orígenes de este fenómeno cultural que se mantuvo por varios milenios en las áridas costas del norte de Chile y sur del Perú.

Agradecimientos

Este comentario se realizó en el contexto del proyecto FONDECYT 1970525.